

EN EL BIMILENARIO DE PARIS

Cuando eras mariposa...

(Fragmentos de un pequeño poema)

Drammatis personae: ARLEQUINO. COLOMBINE.**ARLEQUINO**

¡París!.. ¡Lutecia!.. Amada, pues tú lo quieres, sea...
Te hablaré de París; de aquellas horas nuestras,
cuando eras mariposa y yo fui tu poeta.

Te hablaré... ¿cómo quieres, en ondulante prosa?..
¿En verso libre, anárquico, cual una torrentera
tumultuoso y salvaje, sin acentos ni rima?..
¿O en ritmo exacto, limpio, brioso y cincelado,
como un raro diamante por Cellini tallado?
No dejes de bañarme en la luz de tu mirada
y evocaré París... como quieras, amada.

.....
¡París! Yo amo tu cielo, misterioso y profundo.
Bajo el tul de sagradas transparencias nupciales
se desgranán tus horas. Cada hora es un ensueño,
cada ensueño una rosa de seda. En el mundo
los habrá más azules, mas no hay cielos iguales,
París, a tu alto cielo, misterioso y profundo.
¡París!.....

Escucha, amada; no dejes de mirarme:
Tarde invernal. Las seis... Hora imprecisa,
!Tú! ¡yo!.. ¿Solos? Revolotea tu risa
en la bruma gris verde, que era toda la estancia.
¡Yo! ¡tú!... ¿Solos? Como una gran magnolia
que brotase allí mismo, cerca de un arpa eolia,
así tu rostro fulge envuelto en la fragancia
que a nosotros llegaba de lejanos jardines:
y tu voz tuvo el eco de líricos violines
en la bruma gris verde, que era toda la estancia...
¡París! Tarde invernal. Hora imprecisa.
Brillan los grandes focos. Vuelve a sonar tu risa...
.....

Y la luna cuajaba una promesa
en tus alas policromas, ligeras;

desde entonces mi vida quedó presa
en la mentira azul de tus ojeras.

COLOMBINE

¡Oh dulce Arlequino, pálido poeta
de largos crepúsculos de melancolía!
maceran mi alma, tímida violeta,
los pliegues sonoros de tu mandolina.

Toma tu guitarra; sobre la falseta
desgarra la mueca de toda tu vida,
y con mis ojeras y tu pírqueta
harán un acorde tu vida y la mía.

ARLEQUINO

¿Mi guitarra, dices?... Ya no es mi guitarra...
Igual que tú, también fué mariposa,
y en otro tiempo.... también fuí su poeta...

Equivocó su vuelo; dejó manchar sus alas,
y la aparté de mí, mientras cantaba
el dolor de perderla:

Guitarra del mesón de los caminos
guitarra ventanera;
que te abandonas al grosero abrazo
del primero que llega.

Guitarra de tugurio que te vendes
como una aventurera,
y dejas que profanen el misterio
que tu cordaje encierra.

Guitarra loca y frívola, no eres
la gentil compañera
de quien soñaba hallar entre tus cuerdas
lenitivo a sus penas.

Guitarra mercenaria, tú no sabes
dar vida a mi quimera;
porque perdiste el alma
al hacerte guitarra de cualquiera.

ELOY SORIANO Pbro.

EL SEÑOR DE CAMPOS DEL ORTIGA



AMPOS del Ortiga es un remanso de paz, que se esconde en una de esas sinuosidades mimosas y femeninas de los campos de la Serena, a la vera de la Aldea de La Guarda.

Distán de Badajoz unos ciento cincuenta kilómetros. Más allá de San Pedro de Mérida hay que dejar la carretera general a Madrid en el cruce de Santa Amalia. Pasado este pueblo y Medellín, bordeando los arrabales de Don Benito, se cruza por La Haba y, antes de llegar a Quintana de la Serena, en un alto de la carretera, nos flanquean, por la izquierda, una iglesia, humilde y solitaria, y, por la derecha, las no menos solitarias y humildes casitas de una aldea: Es La Guarda.

Cualquiera que haya leído «La Canción de la Aldea», reconocerá el rellano de este atrio y sabe que, tomando el caminito que desciende desde él hasta el río, llegaremos al «olivar de los Cieza».

Sin llegar al río Ortiga, cruzamos por las pasaderas, un arroyo de escaso caudal y por una vereda pizarrosa, flanqueada de olivos, llegamos al caserón destartado, de blancas paredes, del olivar en el que vive el señor de Campos del Ortiga: Don Antonio Reyes Huertas.

Un par de perros saldrá, ladrando, a nuestro encuentro, dispuestos a defender a dentelladas la heredad. No hay peligro de acoso, porque Sebastián, Marina o la propia doña Elisa, acudirán a aquietarlos y los perros, refunfuñando, irán de nuevo a tenderse a la puerta de la casa.

Don Antonio, al que hallamos dando una vuelta por la finca o sentado ante la mesa camilla, entre un montón de libros y papeles, sale a nuestro encuentro, con sus largos brazos abiertos, los labios distendidos en la amplitud de una sonrisa bonachona y los ojos, pequeños y negros, rebrincándole en reflejos luminosos.

Es alto. Sus piernas largas y abiertas en ángulo sostienen un cuerpo cenceño, sobre el que se alza un rostro afilado, de perfil aguileño y color moreno pálido, en el que la boca, amplia, de labios finos, los ojos chispeantes y la frente espaciosa ponen una doble nota de ingenio y bondad.

Todo es amable, sonriente, sencillo en aquel caserón. Aclicados al calor de este nido, comprendemos mucho mejor la obra literaria del gran escritor extremeño.

Hace sesenta y cuatro años—el 7 de Noviembre de 1887— que Reyes Huertas nació a unos kilómetros de aquel lugar, en Campanario, en cuyo término están enclavados los Campos del Ortiga y del que depende, administrativamente, la aldea de La Guarda.

¿Quién no conoce a las gentes de Campanario? El autor de «La Virgen del Rocío ya entró en Triana», al describir, en el primer ca-